

de cierta petaca; aunque los interlocutores á fuer de *damas y galanes nobles*, chillaban tanto y tan de recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las *damas* esta terrible amenaza,

“dame el cigarro, ó las habrás con Roque,”

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena que podria figurar airoosamente en uno de los dramas modernos. Arrancada que fue á la lid aquella heroína, restituida súbitamente á la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo de *carton*, separadas las melenas nada airosas que cubrian su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el corage habia eclipsado:—“¿Es usted, mi querida Narcisa?” (esclamó don Pascual con un arrebato verdaderamente dramático.)— ¡Don Pascual! Usted... pues... ¿quién habia de pensar...!— “¡Ingrata! y ¿qué poco ha conservado usted la memoria de mi cariño!”— ¡Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado usted mi amor!

La esplicacion iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos al rededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marseles de calesero, y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío ha-

bia un carton que en letras gordas decia: "*Trage de Otelo y demas moros de Venecia y de otras partes.*" Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV, llevaban por distintivo: "*Trage de Carlos V, sobre Tunez.*" Una mantilla de tafetan con lantejuelas, y un vestido de percal francés: "*Trage de Dido, y tambien de la viuda del Malabar, con un crespon negro.*" Un tontillo, una escofieta, y un jubon con faldillas: "*Trage de Semiramis, de La Esclava del negro Ponto, y demas comedias de Moratin.*" Un pantalon de mahon *figurando carne*, una camisa de muger y un cinto de cuero: "*Trage de Isidoro en el Orestes.*" Y por este estilo iba siguiendo todo el equipage hasta unos ocho ó diez trages de ambos sexos. Pero en llegando aqui, escuché claramente la voz de don Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba á Narcisa por su marido.—"No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que..."—Pues luego, ¿esos trages de moros y cristianos...? — Esos trages son... son...—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podríamos empezar nuestra contrata.—Ahora mismo, contestó don Pascual; por de pronto ya te-

nemos dama.—Fáltanos sin embargo el galan, á menos que usted...—El galan, replicó Narcisa, le hallarán ustedes con todos los demas compañeros en la plazuela de Santa Ana: hablándole á usted con franqueza, añadió en voz baja á don Pascual, él no es gran cosa, pero...—Lo demas de la esplicacion no lo pude oír. Levantóse de allí á un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervía ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trages y cataduras, corrian, se agitaban, se reunian, se separaban, hablaban á voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular: aquí un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa, cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, á quien todos agasajaban y perseguían; mas allá se disolvía estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrian á firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo. Formando el primer término de este cuadro, y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la corte, manifestando en sus modales y en su vestido

el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecían sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor, y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya *habían firmado*. Por vía de sainete se reían de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas ó alabanzas ecsageradas contribuían á mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando estas las hacían volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra árdua operacion; hicieronlo así, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como *galanes, barbas, graciosos, característicos y partes de por medio*. No bien corrió la voz de que éramos *formadores* nos empezaron á sitiarnos, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y mientras un galan de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salía por entre su despoblada dentadura, un barba mal encarado con voz cigarreña y aguardentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso subido en un guardacanton nos ensordecía á gritos para hacernos reir. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.—  
“Pues señor (haciéndome tres cortesías), no he

podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado á usted la escoria del arte, porque ha de saber usted que esos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el Domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de *conformes*, como decimos nosotros.”—Y con esto se fue estendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque á decir verdad, sospeché por su esplicacion que él debia ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid con risas y señas me daban á entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor. Tratábame ya de desembarazar de él á toda costa, cuando el nombre de *Narcisa* que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á éste y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban á la noche. —¿Y qué es un *particular*? repliqué yo. —Llámanse asi, me contestó uno de los mas mesurados, las tertulias de ecsámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oír á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sugetos particulares. “Solían con efecto (dice Pellicer) los señores, los togados

y la gente principal, llamar á los comediantes á sus casas para que hiciesen en ellas algunos *pasos* (y aun comedias), y cantasen, despues de haber representado en los *corrales*; y á esta diversion casera llamaban *un particular*.”— Que me place, dije yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto, y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habíamos visto, hasta que llegada que fue la noche marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio éste con varias relaciones de *La Moza de Cantaro*, *La Vida es sueño*, y *El Tetrarca de Jerusalem*, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales, algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de *Otelo* entre la bella *Narcisa* y su compadre el galan de la plazuela. Dificil sería pintar la originalidad del modo de representar de éste, sus inflecciones, sus suspiros, sus movimientos: solo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; asi como al contrario la dama por su naturalidad hacia nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oir los aplausos á ésta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hácia la puer-

ta de la alcoba, donde apenas se percibía un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sugeto misterioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no quería representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fue animándose hasta el punto en que dice ésta:

.....“Todo me mata,  
todo va reuniéndose en mi daño.....”

—“Y todo te confunde, desdichada.”

prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hácia aquel punto, pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquella,

“Mírame, ¿me conoces...? me conoces...?”

la dice con toda la verdad y rabiosa espresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fue la única contestacion y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshacíamos á aplausos y bravos, y estos crecieron al oír al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras:

“El cielo soberano te castiga

por un medio distinto. ¿Ves la carta?  
pues mira la *sortija*, aquí la tienes.”

Pero viendo que Edelmira nada respondia, que el galan primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponia á recobrar su puesto, y que éste no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que alli podria haber algo mas que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente á don Pascual, diciéndome al despedirse: “Es él...”

Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una reconciliacion conyugal, que terminé yo apalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto á Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.





# ISABEL,

6

## El Dos de Mayo.

---

« Vedlos cuán firmes á la muerte marchan  
y el noble ejemplo de morir nos dan ;  
sus cuerpos yacen en sangrienta pira,  
sus almas libres al empíreo van... »

*Arriaza.*

Dos meses no eran cumplidos todavía desde que la hermosa Isabel, bello ornamento de su sexo y de la corte de Madrid, habia contraido los sagrados vínculos de Himeneo. Su virtud y sus gracias, realzadas con el brillo de una opulenta fortuna, largo tiempo reunieron á sus pies lo mas escogido de la juventud cortesana ; pero su corazon, puro como el cielo, tardó mucho en encontrar un traslado fiel adonde reflejarse. El jóven Felix de R\*\*\* vino á fijarle por fin, y el movimiento eléctrico que ambos sintieron desde su primera vista les reveló el secreto de que su felicidad consistía en amarse. La mediana fortuna de Felix hubiera sido para otros un obstáculo invencible, pero el tierno padre de Isabel, que cono-

cia y apreciaba sus brillantes cualidades, quiso hacer justicia á la eleccion de su hija, y él mismo apresuró el feliz momento en que quedaron unidos por toda su vida. ¡Desdichados! ¡cuán poco habia de durar su felicidad...!

El famoso guerrero que hollando todos los derechos, y haciendo callar la voz de la razon con el ruido de la victoria, amenazára dominar al universo, habia fijado tiempo hacia su vista penetrante en nuestra amada España, y prendado de las ventajas que le brindaba su dominio, determinó en lo interior de su alma, sin perdonar para ello la traicion ni la violencia. Sus huestes, hasta entonces invencibles, inundaban ya nuestra península con la máscara de la amistad; el monarca, apenas aclamado por su leal pueblo, acababa de ser pérfidamente arrebatado y detenido en los lazos del usurpador; un individuo de la familia de éste ejercia en nuestra corte la autoridad, y celoso de ella quiso desembarazarse de los príncipes legítimos que aun quedaban entre nosotros. Esta fue la señal del levantamiento del pueblo, y los murmullos y las quejas, hasta entonces casi sofocados, rompieron ya los diques del sufrimiento. La voz de que iban á ser arrebatados á Bayona los príncipes de la familia real de Borbon cundió rápidamente por el pueblo de Madrid, y desde la víspera del dia destinado á tan atroz violencia dejaron de ocultarse las muestras de la indignacion

general. En vano el príncipe Murat hizo un fastuoso alarde de sus tropas en el Prado aquella tarde: insultado y escarnecido, se retiró meditando en su furor los medios de venganza, y desplegando todos sus recursos para escarmentar al pueblo en caso de alguna tentativa en el siguiente día dos.

Amaneció por fin aquella aurora de sangre: el carruaje destinado á llevar las ilustres personas estaba ya preparado á la puerta del palacio; los fieros soldados de Napoleon ocupaban las avenidas; las pocas tropas de la guarnicion española, encerradas de orden de sus gefes en los cuarteles, nada podian intertar; los príncipes bajaban ya la escalera, y la maldad iba á ser consumada, cuando ¡oh heroismo sin igual! un pueblo numeroso reunido simultáneamente y elevando al cielo sus gritos, corre al palacio, rompe las filas de los asombrados guerreros, se apodera del coche, corta los tiros, hace retirar los príncipes á su estancia, y derrama entre sus raptos la muerte y el espanto. Viérase de aquel momento prender un fuego eléctrico en todos los ángulos de la villa, desde la mas céntrica plaza al mas remoto confín, y asaltados en todas partes los centinelas, los cuerpos de guardia, los batallones, los cuarteles, por inmensos grupos de paisanos armados con el primer instrumento que pudieron hallar, ya en los almacenes, ya en los depósitos, ya arrancándolos de las manos de sus opresores; ni allí se diferen-

ciaba la edad, el sexo ni la condicion; hombres, mugeres, niños, sacerdotes, paisanos, caballeros, todos corrian á vengar á su patria, todos á conquistar su honor. Los franceses terrorizados huían por todas partes, y en todas eran víctimas del furor popular; cada calle un campo de batalla, cada casa una fortaleza inespugnable y ofensora.

Pero cobrados del primer espanto, y aguijoneados por la venganza, los arrogantes vencedores del Jena y de Marengo volvieron en sí, y resolvieron inventar recursos nuevos para reducir al pueblo... ¡Inútil determinacion! Los cañones apostados en las plazas y calles, eran arrebatados por el paisanage; los numerosos destacamentos de mamelucos á caballo, hechos pedazos: muchos de los heroicos españoles sucumbian, es verdad, en tan desigual lucha; pero ¿cómo compararlos al inmenso número de enemigos que regaron con su sangre las calles de Madrid? Don Luis Daoiz y don Pedro Velarde, dignos militares, en quienes la voz de la patria fue superior á todas las prohibiciones, defendieron la entrada del Parque de Artillería, deshaciendo columnas enteras en la calle que mira á la puerta de éste, hasta que fueron muertos alevosamente.

Retirado en el palacio de la Moncloa el fe-roz cuñado de Napoleon, meditaba una venganza capaz de aplacar su rabia: los partes que recibía cada momento no servian mas que para re-

animarla (1); pero conociendo aunque tarde el error de pretender sujetar por la violencia al heroico pueblo madrileño, recurrió para lograrlo á la mas inaudita perfidia. Circúlanse en el momento por todas partes órdenes de paz; los magistrados, los guardias de Corps, las personas mas estimadas del pueblo, salen por las calles repitiendo las promesas mas lisonjeras, y las palabras de paz y de amistad vuelan de boca en boca, y consiguen calmar la efervescencia popular. Mas ¡oh infamia sin ejemplo! al propio tiempo se hace leer á la tropa francesa una orden sanguinaria en que se decreta la muerte de todo el que se encuentre con armas, y miles de personas son acometidas traidoramente, y arrastradas al *Retiro* y al *Prado* para morir... Una navaja, un cortaplumas, unas tijeras, eran suficiente causa de muerte, y la ejecucion seguia inmediatamente á la sentencia...

Isabel, amante y sobresaltada, palpitaba á cada momento, considerando el peligro de su esposo, á quien un movimiento patriótico arrancó de su casa desde el principio de la conmocion. Su desconsolada esposa se deshacía en lágrimas, imploraba al cielo por su seguridad, y cada ruido del arma resonaba en lo mas íntimo de su cora-

(1) Moncey dijo en su parte haberse echado de menos 5000 franceses, Gruchi la mitad, y en Francia se publicaron solo 3 muertos y 12000 de los españoles.

zon. El tiempo iba pasando y Felix no parecia aun... ¿Dónde se hallará? ¿Habrà perecido víctima de su arrojo, ó preso al capricho de los vencedores...? Esta sospecha era bastante para determinar á Isabel; en vano se intenta contenerla; despréndese de todos, corre en busca de su esposo, y en un desorden que aumentaba su hermosura atraviesa rápidamente las plazas y calles, cruza por entre los puestos militares; ni el horror de los cadáveres, ni el estampido continuo del cañon que resuena en torno de ella, son bastantes á detener sus pasos... Frenética y fuera de sí hállase á la entrada del Prado, y entre los grupos de víctimas arrastradas á la muerte busca largo rato á su esposo, pero no le halla allí, y ya iba á continuar su carrera, cuando ¡oh Dios! un grito penetrante lanzado á su espalda atraviesa su alma... Es Felix...

Herido, maltratado, y conducido á la muerte entre triples filas de bayonetas, apenas ve á su esposa le abandonan las fuerzas, y aquel grito fue la señal de un prolongado desmayo... Isabel, esta heroina del amor conyugal, se postra ante sus conductores, riega sus pies con las lágrimas mas ardientes, é implora su compasion en los términos mas vivos... En vano; frios ejecutores de la terrible orden, los soldados franceses siguen su marcha hasta la presencia del comandante.

Hallábase éste en el Retiro, y en el gran patio de su entrada se iba reuniendo á los infelices

destinados á tan atroz carnicería. Isabel vuela á su presencia, y agitada por la espresion mas divina, la hermosa se presenta ante el feroz Gauthier, á quien las trágicas escenas que eslabonaban su vida habian convertido en piedra el corazon... pero, ¿quién resistir á las lágrimas ardientes, al acento seductor de una muger jóven, hermosa y afligida? El hijo de la guerra siente latir violentamente su pecho, y sin ser dueño á resistir su movimiento, la levanta de sus pies y la ofrece la salvacion de su esposo; pero este impulso no ha nacido en su alma de un resto de piedad, sino que es efecto del mas vil deseo... La esposa de Felix habia encendido en su corazon un amor impuro, y el malvado osaba lisonjearse de un vencimiento que le ofrecia facil su actual situacion... ¡cuán poco conocia el heroísmo de su víctima! Las palabras tiernas fueron respondidas con desprecio, las amenazas con súplicas, y los intentos atrevidos con el arroj de la desesperacion. Ciego de cólera con tan inesperada repulsa, abre la ventana que daba al gran patio, donde las innumerables víctimas lloraban la orfandad de los suyos ó imploraban el auxilio del cielo; muéstrala á su marido pronto á ser arrastrado á la muerte; sus ojos alzados á la ventana buscan los de su esposa... “Esposo mio, le dice, moriré contigo, pero no te seré infiel...” Una espresiva seña del comandante puso en movimiento la columna de los satélites, y arrastraron á los infelices con direccion al Pra-

do. Isabel, de nuevo postrada á los pies del malvado, se deshacía en llanto; ya el feroz sonreía de su triunfo, y la inminencia del peligro iba arrebatando las fuerzas de su víctima, cuando un lejano redoble del tambor penetra en su oído, é infundiéndola una fuerza sobrenatural, se arranca de sus brazos, atraviesa como una flecha el espacio que la separaba del Prado, llega al cuadro de la tropa, escucha los gritos de las víctimas, y entre ellos el nombre de *Isabel*, rompe la fila de soldados, corre á su esposo tendiéndole los brazos, “*Moriremos juntos,*” le dice, y en el mismo instante rompe el fuego y caen atravesados sus cuerpos y confundidos con los demas... El comandante llega en aquel momento, y al ver el humeante cadáver de Isabel, sus ojos se sintieron por primera vez arrasados de lágrimas..

Seis veces los hermosos árboles del Prado se habian cubierto de un verdor nuevo, y otras tantas luciera ya el dia aniversario de aquella espantosa escena. La nacion española, que animada por el heroico grito de Madrid habia osado medir sus fuerzas con el dominador de Europa, se veía coronada por la mas gloriosa victoria. Los ejércitos del usurpador acababan de dejar su suelo; el deseado monarca, arrancado á su cautiverio, se hallaba ya entre sus leales españoles, y la corte procísima á recibirle, preparaba los arcos de triunfo y los brillantes regocijos... El eco del cañon, y el



lúgubre clamor de las campanas, vino á hacer tregua á estas demostraciones, y á recordar que iba á amanecer el dia en que España señaló su triunfo con la sangre de sus hijos... Un elegante altar elevado sobre el mismo sitio en que fueron inhumanamente sacrificados sostenia una urna destinada á recibir en su seno los preciosos restos de aquellos mártires, y profundos fosos abiertos en derredor mostraban á la vista la multitud de ellos... El prelado, el clero y el inmenso pueblo asistian conmovidos á la ceremonia de la exhumacion, y entonando los cánticos sagrados eran aquellos huesos sacados de la tumba y depositados en la urna del altar. Un santo horror se difundia por el afligido pueblo, y al mostrar el sacerdote una mano abierta y un brazo descarnado que saca del foso, "Es la mano de Isabel, la mano de Isabel," grita aterrada la muchedumbre, y todos de improviso póstranse de rodillas como heridos de un rayo...

Brillante y magnífico entre tanto, un numeroso séquito se adelanta á la entrada del Prado, conduciendo en triunfal carroza los restos inanimados de Velarde y Daoiz; numerosas banderas y cañones les preceden; el clero, los magnates, los batallones siguen sus pasos, y las palmas y laureles cubren su carrera. Las músicas armoniosas y patéticas llenan los aires, y á los cánticos sagrados de los sacerdotes responden los jóvenes guerreros con los siguientes:

“Renovando la augusta memoria  
De aquel día de triunfo y de espanto,  
Hoy sucedan al fúnebre llanto  
Ledos himnos de grato placer.  
Y laureles de eterna victoria  
Den honor á las víctimas fuertes,  
Que muriendo con ínclitas muertes  
Libre á España lograron hacer.”

El magestuoso séquito se pára ante el altar, y reunido con el que allí estaba, empieza su carrera por las principales calles de la corte, conduciendo aquellos restos con una pompa digna de la ciudad de Rómulo. El pueblo animado por los sentimientos mas sublimes henchía las calles, y se postraba al paso del fúnebre cortejo, siendo ya mas de mediado el día cuando éste llegó al suntuoso templo del santo Patrono. Negros paños cubrían sus altares, sus paredes y suelos; veíase arder prodigiosa multitud de luces en torno de un suntuoso catafalco, y una música sagrada llenaba las altas bóvedas. El obispo celebró el santo sacrificio, y pronunciada la oracion fúnebre, continuó aquel entre el fervor universal. Las tropas en tanto, que cubrían las avenidas, hicieron tres descargas durante la misa, y al concluirse la santa ceremonia resonó el cañon la última vez, cabalmente á la misma hora que seis años antes habia sonado para lanzar la muerte en el seno de *Isabel...*

## La Empleo-manía.

---

. . . . . Hic vivimus ambitiosa  
paupertate omnes.

*Horat.*

Pues como digo á usted, el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afan de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demas cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; despues aspiró al honor de síndico, y tambien se le decretaron, pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fue alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el ayun-

tamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada: allí se olvidó de su muger y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no había necesitado un empleo; ahora ya le necesitaba, porque aquel cada día era menor. En vano su esposa y sus amigos le han procurado volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daría su mayorazgo, sus demas bienes, y hasta creo que su muger y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos, y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha protección, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo antesalas y cortesías, consumiendo zapatos, sombrero y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á usted un ente original?

—Eslo sin duda (replicó *don Fidel de la Veracruz*, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes co-

pías. (Al llegar aquí, hicimos alto como unos dos minutos; sacó don Fidel su caja, ofrecióme un polvo, tiré yo el que tenía entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.) —“La manía del don Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases se consideran por sí solas bastantes como no vayan acompañadas *del empleo*. Este falso raciocinio, esta terrible manía es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas, y la que arranca al comercio y á la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos materiales; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.”

Al llegar aquí volvimos á callar y paseamos un rato en silencio; pero animado con aquel escordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me esplicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera.

“Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en

pocos años logró elevar su comercio á una altura mas que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba una vida activa sin agitacion, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantes. Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer. Este dia, que él celebró como el de su triunfo, fue el principio de sus infortunios. Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y transferirlos en un todo á un primo mio, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Valencia, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veía llamado le hizo variar de plan.

»Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su par-

te se esforzaban en brillar cuanto podían; gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor, y nuestra casa fue muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendía á bailar, tiraba el florete, montaba á caballo, leía en francés y escribía á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veía halagado con la idea de una brillante suerte futura.

»Llegué á tener diez y siete años, y mis padres, que ya no podían soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondían, y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que quería seguir. Entonces eché mis cuentas.—¿Comercio?—Yo carecía de los conocimientos necesarios, y aunque veía prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á poner bajo sus órdenes, y reducirme otra vez á Alicante.—¿Letras?—Yo no las entendía, y por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, ó las de universidad.—¿Milicia?—La verdad, no tenía grandes ánimos, y eso de esponerse uno á que una bala...—¿Iglesia?—¿Cómo? si me sentía inclinado á la *propaganda*.—¿Medicina? ¿Artes?—Para todo eso hay tanto que estudiar!!!—Pues señor (le dije á mi padre), como usted no me coloque en alguna oficina, aunque sea de meritorio...—Bravo,

bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho; y desde aquel dia empezó á trabajar para ello.

»No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y asi que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo; con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personage de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

»El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad; mas por desgracia el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Asi lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas fijó su atencion en la hija única de mi gefe, y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haría obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á ésta; asi se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tédio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento lo vengó muy luego.

»Mi esposa era una muger altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veía un marido á quien ella habia elevado á su altura; cuya consideracion la hacía insufrible, dándola un dominio absoluto



sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres , dejándome por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos, se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me vi hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo; quiero decir, como la habian educado á ella y á mí; mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdia con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡ Miserable condicion la de un marido vendido al interes!

»Mi muger era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacía pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un dia que se me concedió un sobresueldo de 4000 reales, y me hizo gastar 12000 en trages y funciones.

»Ya los hijos iban creciendo, y yo por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitia lo que ella llamaba *su ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conexiones los conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejába-

me dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

»Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la muerte la arrebató tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyos. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco; así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando solicité y obtuve mi jubilacion.

»Entre tanto los muchachos cada dia crecían en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian, y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas; conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, y á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á co-

ser y bordar á un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa comercio... Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo transmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á usted que los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio, y es en el dia una de las primeras casas del reino; el otro, despues de haber recorrido toda Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño.”

Al llegar aqui tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *Empleo-manía*.



## La Romería de San Isidro.

---

« Plácenme los cuadros en narracion, porque en cuanto á los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo. »

D. . . . .

Asi lo ha dicho un autor francés: por supuesto que lo decia en francés, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no asi muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso; vamos á la sustancia de la dependencia.

Yo queria regalar á mis lectores con una descripcion de la Romería de San Isidro; y para ello me habia propuesto desde la víspera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto mas importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras, no como algunos viajeros que parecen charlatanes enseñando el tuti-limondi: pero viniendo á mi asunto digo, que aquella noche me acosté mas temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el escordio de mi artículo.

“Romería (decía yo para darme cierta importancia de erudito) significa el viaje ó peregrinacion que se hace á algun santuario, y si hemos de creer al Diccionario de la lengua, añadiremos que se llamó asi porque las principales se hacian á Roma.—Luego vino á mi imaginacion un trozo de nuestro Jovellanos, quien considerando á las romerías como una de las fiestas mas antiguas de los españoles, añade: “La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad, y alli, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer.” Esto, segun la ya dicha respetable autoridad, acaecía en el siglo XII, y mi imaginacion revoltosa me hacía calcular la alteracion que las costumbres habian sufrido desde entonces, si bien luego me ocurrió que no debe ser moderno el refran que dice: *Romería de cerca, mucho vino y poca cera*. Con que vemos que el mundo siempre ha sido lo que es.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y me parecia que veía los peregrinos con su bordon y la esclavina cubierta de conchas. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase, que aun hoy se celebran en las provincias vascongadas, y de todo ello sacaba noticias que podrán tener lugar cuando escriba la historia de las romerías en treinta tomos en folio; pero por lo que

es ahora no venian á cuento, pues que solo trataba de formar el cuadro de la de San Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginacion empero no se durmió: afectada con la idea de la prócsima funcion, me trasladaba ya á la opuesta orilla del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Cárlos V, fundó la ermita del patron de Madrid; añádese que fue en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el príncipe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que segun la tradicion abrió el santo labrador al golpe de su hijada para apagar la sed de su amo Iban de Vargas. Veía la pequeña colina sobre que está situada la ermita; y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen á ella, y las elevadas alturas que la rodean, encubrian á mi imaginacion la natural aridez de la campiña; añádase á esto la inmediacion del rio, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y mas que todo la estensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado mas agradable, ofreciéndome por términos el palacio Real, el cuartel de Guardias y el seminario de Nobles á la izquierda, el convento de Atocha, el Observatorio y el Hospital general á la derecha; al frente tenia la soberbia puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa mu-

chedumbre precipitándose al camino formaban una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba.

Mi fantasía corría libremente por el espacio que mediaba entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animacion, de un movimiento imposibles de describir; nuevas y nuevas gentes cubrian el camino; multitud de coches de colleras corrían precipitadamente entre los ligeros calesines que volvían vacíos para enganchar nuevos pasajeros; los briosos caballos, las mulas enjaezadas hacían replegarse á la multitud de pedestres, quienes para vengarse los saludaban á su paso con sendos latigazos, ó los espartaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvían de la ermita, cargados de santos, de campanillas, y frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecían bruscamente á los que iban, y éstos reían del estado de acaloramiento y ecsaltacion de aquellos, siendo así que podrian decir muy bien, "Vean ustedes cómo estaré yo á la tarde." Las danzas improvisadas de las manolas y los chulos, las disputas y retoces de estos por quitarse los frasquetes, los puestos humeantes de buñuelos, y el continuo paso de carruages, hacían cada momento mas interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo segun la mayor procsimidad á la ermita.

Ya las incansables campanas de ésta herían los oídos, entre la vocería de la muchedumbre que

coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacía sentir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas iban sucediéndose rápidamente hasta llegar á cubrir ambos bordes del camino, y cedían despues el lugar á tiendas caprichosas y surtidas de vizcochos, dulces y golosinas, eterna comizon de muchachos llorones, tentacion perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida se adelantaba tambien en el progreso de las artes del paladar; á los puestos ambulantes de buñuelos habian sucedido las escitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta-flora; mas allí los dulces de ramillete y vizcochos empapelados ofrecian una interesante batería; y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres mas caros á la gastronomía madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y succulentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela en que vertian sendos cantarillos de leche de las Navas sobre gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamon le partian y subdividían con todas las formalidades del derecho.

La conversacion por todas partes era alegre y animada, y las escenas á cual mas vária é intere-



sante; por aquí unos traviesos muchachos atando una cuerda á una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendia; por allá un grupo de chulos al pasar por junto á un almuerzo dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros volvian á caer impelidos de su propio peso, ó bien al concluir un almuerzo rompian un gran botijo tirándole á veinte pasos con *blandos* bollos, restos del banquete; los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedian sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebian agua del Santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente los obligaba á volver á bajar las gradas, penetrando al fin en el cementerio prócsimo, donde reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas mientras concluían los restos del mazapan y vizcocho de galera. En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban á los balconillos ostentando en medio al santero vestido con un traje que remedaba al del Santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cohetes al aire.

La parte mas escogida de la concurrencia refluye en las fondas, adonde aguardaban en pie, y con sobradá disposicion de almorzar, mientras los felices que llegaron antes no desocupaban las me-

sas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas, y la incertidumbre en los galanes acompañantes: entre tanto los dichosos sentados saboreaban una perdiz, ó un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados. Desocúpase en fin una mesa: ¡qué precipitación para apoderarse de ella! Ocúpanla una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, á fuer de galán, pone en manos de la mamá la lista fatal... Los ojos de ésta brillan al verla... Pichones, pollos, chuletas... ¿qué escogerá? — “Yo, lo que ustedes quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad? — Venga, gritó el galán entusiasmado. — Y tú, Mariquita, jamon en dulce. — Pues yo á mis pichones me atengo. — Vaya, probemos de todo. — Venga de todo,” respondió el Gaíferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevee, aunque tarde, su perdición; mas, entre tanto Paquita le ofrece un alon de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve á empuñar la lista. “Ahora los fritos y asados,” dice, y señala cinco ó seis artículos al espedito mozo; no pára aquí, sino que en el furor de su canino diente, embiste á las aceitunas, saltando dos de ellas á la levita del amar-telado, cae y rompe un par de vasos, y para ha-

cer tiempo de que vuelva el mozo se come un salchichon de libra y media.

Tres veces se habian renovado de gente las otras mesas y aun duraba el almuerzo, no sin espanto del jóven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas cuál mas, cuál menos, todas imitaban á la mamá, y cuando ya cansadas apenas podian abrir la boca, las decía aquella: "Vamos, niñas, no hay que hacer melindres;" y siempre con la lista en la mano traía al mozo en continúa agitacion. Por último, concluyó al fin de tres horas aquel violento sacrificio; pídesse la cuenta al mozo, y éste, echándola en un instante por partida *triple*, responde: "Ciento cuarenta y dos reales." El Narciso á tal acento varía de color, y como acometido de una convulsion revuelve rápidamente las manos de uno á otro bolsillo, y reuniendo antecedentes llega á juntar hasta unos cuatro duros y seis reales; entonces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas rien graciosamente de la aventura. ¡Oh malignidad femenil!

Arreglado aquel negocio salen de la fonda, llevando al lado á la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero á pocos pasos un cierto oficialito, conocido de las señoras, que se perdió á la entrada de la fonda, vuelve á aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no pára aqui el contratiempo; á poco rato el excesivo almuerzo em-

pieza á hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuesta; el síntoma 14 del cólera se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galan que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver á pie...

No hay remedio, el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la familia, mas, el aumento del recienvenido que se coloca en el testero, entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero á ésta para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y *chas... co-mandanta...*

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj vi que eran ya las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir á la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar á mis lectores lo que pasa en Madrid el dia de San Isidro.



## Un viaje al Sitio.



« Comme on voit au printemps la diligente abeille  
Qui du butin des fleurs va composer son miel,  
Des sottises du temps je compose mon fiel. »

*Boileau.*

Muy agradable es el viajar, pero lo es aun mas el contar el viaje; mi inclinacion me llamaba á lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viaje por mis faltriqueras* de cierto autor, el que hizo otro *al rededor de su cuarto*, y aun el de *un curioso por Madrid*, me parecieron estrecho límite y apocada resolucion, si bien no me determiné como alguno á viajar por todo el universo desde mi escritorio; quise en fin moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fue el saber adónde iria. Parecióme por de pronto conveniente el dar la vuelta al globo para cerciorarme de que su figura tiene mas de oval que de esférica, y venir á dar á mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruaje de retorno me disuadió de mi intento; despues pensé en atravesar de parte á parte el imperio chino, á fin de contar los pasos regulares que tiene; mas tarde quise ir á buscar el paso en-